

turas, salvadores quizás de los culpables.

De rabia, de convulsiva desesperación, se revolvió D. Paolo. Sobre él, encima del reloj, apareció danzando una cuerda, el cabo piadoso que le echaban, tal vez el mismo al que se asieron los otros para salvarse.

Con violenta negativa de la cabeza cólerica, lo rechazó D. Paolo, y abriendo los brazos dejóse caer entre las llamas cuyo furor él mismo había desatado, á tiempo que las paredes se derrumbaban y parecía hundirse en el abismo la fábrica entera.

---



---

X

No hay mucho trecho de la calle de Centro-América á la de Entre-Ríos, si se atiende á la ubicación de ambas; pero si de la fábrica de Fiorelli ha de irse á casa del señor Landín, hay que andar sus buenas *cuadras*, por hallarse la una al final de la numeración y la otra al comienzo, y ser las dos calles supradichas de las más largas; que en la capital bonaerense todo es desmesurado y muestra alardes de grandeza.

Asimismo, con tener que recorrer camino tan dilatado, lo traspuso Pelitos sobre sus dos pies en menor tiempo, ó al menos (para que no parezca exageración de bulto) en igual tiempo que un automóvil; y el

comparar al que va de prisa con un coche que corre mucho, no es metáfora de mayor cuantía, ya que uno y otro se mueven solos ó á sí mismo se mueven, según la traducción griega, que ofrece el gran D. Benigno, del nombre propio de estos modernísimos y vertiginosos vehículos.

El que Pelitos anduviera con presteza tal, á pesar del calor y de la distancia, debía á que se daba exacta cuenta de la gravedad de la comisión encomendada. En aquel sobre llevaba algo más que dinero: se encerraba el misterio adivinado en la extraña cara del patrón al entregárselo, en su inquietud febril y en la despedida, apretándole la mano en el portal como amigo á quien no se volverá á ver. Estas efusiones de su parte, en hombre que sólo dejaba traslucir sus cóleras y su malhumor y de otra clase de sentimientos, con sus subordinados sobre todo, si en los hechos era generoso, y lo demostraba, en los dichos, de mantenerlos, los escondía, parecíanle á Pelitos muy raras y alarmantes.

Algo le pasaba al patrón, algo iba á ocurrir en la fábrica. Por eso cuanto más pronto llevara al señor Landín el parte, más pronto se sabría lo pasado y quizá se evitara lo que iba á ocurrir.

Llegó Pelitos bastante cansado, y apenas despegó los labios para saludar en el patio á misia Eustaquia, encontrando al maestro y Luisita, de sobremesa, en la sabrosa tarea de cada noche, la de encasillar *granos* y *gorgojos*, según los méritos y las culpas de los reos, sorprendidos en el día por esta pareja de severos corchetes del lenguaje; y se alarmó D. Benigno, en seguida que el rizado y enacitado mechón del obrero apareció en la sala.

—¿Qué hay, Rodríguez?—preguntó levantándose y llamándole por su nombre, cual correspondía á tan quisquilloso filólogo.

Dió las buenas noches muy cortésmente Pelitos, y presentó la carta de D. Paolo.

—Hay esto—dijo,—que me ha mandado el patrón que entregara á usted, y mu-

chas cosas que yo me malicio que pasan ó que están pasando en la fábrica.

—¿Y qué es esto y qué cosas son esas?— exclamó el maestro.

Luisa cogió el pesado sobre y se lo alargó al padre, mientras Pelitos reponía vivamente:

—Esto es dinero. Así el mismo patrón me lo ha dicho. ¡Viera usted, señor Landín, con qué cara! No la de todos los días, la de la visera calada, sino una más descompuesta, más desconocida... Y lo que pasa ó está pasando, ahí *drento* se sabrá.

—Dentro, dentro—corrigió el dómine en seguida, que, si á mano tiene la gramática, con ella amenaza al desenvuelto ignorantón.—Vamos á ver, Rodríguez, qué carta de negro me traes.

—Si no es secreto—advirtió la hormiguita,—léala usted fuerte, padre, porque las noticias de Rodríguez son para inquietar á cualquiera, y más á tan buenos amigos como nosotros del excelente señor Fiorrelli.

Con algún recelo y bastante parsimonia abrió el sobre D. Benigno, y de él sacó billetes de Banco, muy dobladitos, hasta diez bien contados, un giro y una carta; y mientras desembuchaba el sobre su contenido, pensaba el de Burgos si alguna conexión tendría todo aquello y las sospechosas noticias de Pelitos con sus confidencias indiscretas del puerto, tres noches antes. ¿Habría armado un belén el joven Hugo?

Demudóse súbitamente, y se cubrió de frío sudor toda su calva. Por el portillo, pasadizo de ironías y pedagógicas sentencias, salieron interjecciones mal disimuladas, y una más gruesa cuando leyó el primer párrafo de la carta de D. Paolo... Miró á Luisa D. Benigno, á Pelitos y, por último, á Ruiz Zorrilla, su ídolo, á quien pareció pedir inspiración en aquel trance.

Luisa y Pelitos, sin hablar, porque el aspecto del maestro excusaba de toda pregunta, se miraron á su vez y miraron á D. Benigno. Se oyó el tictac del cuco en medio del silencio. Y, respirando con tra-

bajo, blandiendo la carta en la diestra, disparó D. Benigno estas palabras:

—¡Qué atrocidad!... Es preciso ir en seguida. Quizá lleguemos á tiempo. Lo evitaremos... Debemos evitarlo.

—¿El qué, padre?—preguntó Luisa.—  
¿Qué pasa?

—¿Qué pasa?—vociferó el maestro.—  
Sabes, hija; sabe usted, Rodríguez... ¡Que está ardiendo la fábrica! ¡Que Fiorelli ha pegado fuego á la fábrica!

Pelitos y Luisa dieron el mismo grito, de sorpresa y espanto.

—¡La *pucha!*—exclamó Pelitos.—  
Y maldita sea mi abuela y el patrón y toda su casta. ¡Prender fuego á la fábrica! ¿Por qué? No lo decía yo... ¡Si está más loco que un cascabel! ¡Si no podía acabar en nada bueno! ¡Por qué no me lo avisó que iba á hacer esa barbaridad, y habría tenido yo tiempo de sacar del taller mi *tirador* con cuatrocientos cuarenta y dos pesos! ¡Ay, pesitos de mi alma! ¡Y qué suerte la mía!

—Pero, ¿dice eso en la carta?—inquirió

Luisa,—ó lo ha deducido usted, padre, de alguna frase incoherente...

—Lo dice, hija, y con todas sus letras. Verás. Con una claridad, con una coherencia que excluye toda idea de locura... Cállese usted, Rodríguez, y no me atolondre más de lo que estoy. Dice así la carta...

D. Benigno leyó:

—«Mi querido Sr. Landín: Por razones que ni á usted, ni á nadie, le importan, esta noche prenderé fuego á la fábrica, y moriré entre sus escombros, con todas las personas que se dicen ó son parientas mías y viven en mi compañía. Las razones que me impulsan á cometer este acto que, sin duda, será condenado por usted y por cuantos ignoran la verdad, son exclusivamente íntimas; no son económicas, y esto usted lo sabe mejor que nadie, puesto que ha manejado mis libros. Ni mis negocios andan mal, sino todo lo contrario, ni tengo que cobrar ningún seguro, que si tuviera que cobrarlo, no habría resuelto morir...»

—Como ven ustedes—interrumpió el maestro,—esto no es obra de loco.

—Hay locos que razonan muy bien sus disparates—arguyó la hormiguita.—Siga usted, padre, si es que hay más.

—Sí hay, y es como sigue...

D. Benigno continuó leyendo:

—«En estas circunstancias, he pensado en usted, mi querido Sr. Landín, que no me negará su concurso amistoso y compasivo para cumplir mis últimas voluntades. Quiero que lo que quede de mi fábrica (el terreno quedará, por lo menos, aun quemándose toda) se reparta equitativamente entre todos mis obreros. Quiero que usted acepte ese giro por cinco mil doscientos cincuenta y cuatro pesos, saldo de mi cuenta corriente en el Banco italiano, para editar su gran obra *Granos y gorgojos del idioma nacional*. Quiero que la señorita Luisa, su hija, á quien tanto admiro, acepte esos cinco mil pesos en billetes, para adquirir la escuela de ese D. Quico, asunto de que usted me ha hablado muchas veces, y pueda

así desarrollar su noble programa de enseñanza feminista. No dejo deudas. Dios, que yo sepa, es mi único acreedor, y por esto encargo á usted que mande decir por mi alma unas misas, que yo creo en Dios y en sus santos. Él guarde á usted, querido amigo, y perdone á su desgraciado compañero, *Fiorelli Paolo*.»

Atónitos quedaron los tres con la lectura de esta carta, y hasta Pelitos se olvidó de su *tirador*; pero, se rehicieron bien pronto, y sin pararse á comentar las cláusulas favorables ni el enigma que entrañaba, dispusieron marchar en seguida, volar en seguida á la fábrica, por si aún era tiempo de evitar el espantoso cataclismo. Luisa se puso el velillo de sus caminatas diarias, y salieron los tres, atropellándose: en la escalerilla encontraron al *Gavilancín*, que subía por la lección, y se le despidió, de lo que él se placería más que si le dieran un dulce.

En el primer trecho del camino, no hablaron, embargados por suceso tan extra-

ordinario; Luisa, marcando sus zancadas masculinas y braceando con decisión, contoneando Pelitos su talle como una palma, y D. Benigno, más cabizbajo que si llevara una piedra sobre la nuca. Porque á él no se le despejaba la idea de que barbaridad tamaña era el resultado desastroso de sus revelaciones; sin duda, Huguito reprochó á D. Paolo ofendido, ó dejó la casa indignado, después de una escena á brazo partido, y esto, en el estado de salud y de ánimo del patrón, amargado por sus disgustos y por las mujeres de arriba, determinó su decisión terrible. Le alcanzaba, pues, á él una responsabilidad muy grande, y moralmente era el causante, el instigador involuntario, el... el...

—No me cabe en la cabeza—dijo Pelitos—lo de quemar la fábrica, y quemar á los de arriba y quemarse él mismo. Que los de arriba merecen un cohete en la cola, ¿quién lo duda? Pero D. Hugo, ¡y la fábrica! Además, el que no está bien con la vida, se pega un tiro, y andando; pero no

lleva tras sí contra su gusto á los demás. ¡Desgraciado patrón! ¡La Virgen de Luján le valga!

—En este drama hay un misterio—apuntó la hormiguita,—y aunque hemos llegado al último acto, no se despejará para nosotros, los espectadores. ¿Qué será? ¿Qué no será? ¿Por qué habrá sido? Los actores sólo pueden contestar... Si supiera llorar, derramaría lágrimas muy sinceras por el noble, por el generoso señor Fiorelli. Pero más que las lágrimas, síntoma de debilidad de alma, vale este deseo ardiente mío, nuestro, ¿verdad, padre? ¿verdad, Rodríguez? de llegar pronto y de que no sea cierto lo de la carta, y encontremos sano al señor Fiorelli y salva á la fábrica... ¿Ve usted humo, padre? A la altura que estamos podíamos ya ver algo, si el incendio se ha declarado.

—Yo no veo nada—contestó á medias D. Benigno, que, en efecto, no veía nada más que las losas de la acera y la procesión de dentro.

—Yo tampoco—dijo Pelitos.—Quiera Dios que nada veamos ó quedemos ciegos por no verlo.

Les extrañaba, realmente, no distinguir ni humareda ni resplandor, y no encontrar á su paso el movimiento, la agitación, el estrépito de los bomberos, cuanto más á la fábrica se acercaban. Al contrario. Cuanto más se acercaban á la fábrica, como más alejada del núcleo bullanguero de la ciudad, era mayor la tranquilidad y el silencio mayor. Tal vez no había estallado el incendio todavía; tal vez, D. Paolo lo pensó mejor y se arrepintió de su criminal intento; tal vez todo quedaría reducido á un susto y un sofocón.

—¡Ojalá!—pensaba Luisa.

—¡Ojalá!—pensaba D. Benigno, aligerándose del peso de su piedra.

—¡Ojalá!—pensaba Pelitos, recordando su *tirador*.

Tan á carrera tendida iban, que poco tardaron en dar con la esquina de la fábrica... Pues nada; ahí se estaba tan erguida,

tan colosal, sin que por un solo resquicio de sus baldosines asomara punta de llama ni grande ni pequeña, ni en toda su fachada apareciera señal alguna de que en su recinto se desarrollara el drama espeluznante anunciado por el cartel de D. Paolo. Todo cerrado, todo á obscuras, todo en paz; el cañón gigantesco de su chimenea enarbolaba en la cima el pendón negro del trabajo, como un trofeo, el humeante penacho, que era su corona y su fuerza.

Alegráronse mucho los tres al descubrirla así indemne y en pie, respiraron con libertad, y Pelitos arrojó en alto el sombrero, en signo de albricias mutuas.

—Que la fábrica está en salvo no hay duda—dijo Luisa;—ahora vamos á ver si está sano el señor Fiorelli.

De nuevo se les oprimió el resuello con la oportuna observación de la hormiguita, y fueron aproximándose con recelo. Porque, efectivamente, podían haber llegado antes del incendio. Pero ¿cómo y en qué estado encontrarían á D. Paolo? ¿Loco? ¿Muerto?

—Llamaremos aquí—observó Pelitos;—él quedó solo en la fábrica y cerró por dentro, cuando me despidió y preparaba su locura. Ó nos abrirá él ó Francesco, si ha vuelto de paseo.

Y dió tres golpes en el portalón y apretó el botón eléctrico, y, aplicando los labios á la cerradura, gritó:—Señor Francesco... señor Fiorelli...—sin que nadie le contestara ninguna de las veces, repetidas y multiplicadas. D. Benigno, con su bastón de cuerno, pegó unos golpecitos en la ventana del escritorio... Lo singular era que la ventana del escritorio tenía luz. Alguien había dentro. ¿D. Paolo? ¿Francesco? ¿Quién? Y si era D. Paolo ó Francesco ó los dos, ¿por qué no contestaban, si ninguno pasaba por sordo?

—¿Puede usted trepar á la reja, Rodríguez?—preguntó D. Benigno,—y ¿mirar dentro? Yo lo haría, si mis años me lo permitieran.

—Si Rodríguez no puede, probaré yo—ofreció resueltamente Luisa.

—¿No he de poder, señorita?—respondió herido en su amor propio el mozo.—Apartarse, que allá voy.

Era bastante alta la reja, y, sin embargo, de un salto, el obrero se puso de rodillas sobre el alféizar, y agarrado á los barrotes, miró por los cristales.

Abajo, el maestro y la hormiguita, estirados los cuellos, palpitantes, esperaban.

—¿Qué ve usted, Rodríguez?—preguntaron ansiosos.

—Que no hay nadie—contestó Pelitos,—muchos papeles rotos sobre su mesa de usted, en la del patrón y en el suelo; la caja de fierro, abierta...

¡Abierta la caja! ¡Nadie en el escritorio y con luz!

—Baje usted, Rodríguez—dijo D. Benigno, sintiendo otra vez el peso de la piedra sobre la nuca,—y llamaremos en el piso de arriba, ¡quizá esté arriba! Con esto y la ausencia de Francesco quedaría explicado el que nadie nos conteste. Lo que nadie nos explicará es lo de la caja abierta,

de la que sólo el señor Fiorelli guarda la llave y conoce el secreto.

—Mientras ustedes van arriba, yo permaneceré aquí por si el señor Francesco vuelve—propuso Luisa.—No está bien que yo vaya arriba.

—No, no está bien—asintió el padre, completamente aturrullado. —Quédate... Nosotros subiremos.

Y fueron los dos hombres al portal pequeño, del otro lado de la verja, y *pam, pam*, llamaron con el bastón y los puños y el timbre, sin que, tampoco, nadie, nadie les contestara. ¿Dónde estaban Enriqueta y Marieta? ¿Dónde las señoras? ¿Se habrían vuelto todos sordos en la fábrica y en la casa de Fiorelli?

—Aquí ha ocurrido algo, Rodríguez—dijo D. Benigno, á quien las palabras se le escapaban por el portillo casi afónicas;—es preciso que lo averigüemos, que lo evitemos si no ha ocurrido todavía ó está ocurriendo, y para esta obra misericordiosa necesitamos entrar. Pero, parece evidente

que no entraremos sin el auxilio de un cerrajero. Á traer un cerrajero, Rodríguez, á escape, que aquí espero.

Salió Pelitos á todo correr, como un galgo, y D. Benigno se reunió con Luisa, y los dos, paseando en la acera, delante del edificio, silencioso guardador de secreta tragedia quizá, se impacientaban, yendo cada cual en contrario sentido, Luisa del portalón al portal y D. Benigno del portal al portalón, y todo era encontrarse y suspirar y mirarse sin formular palabra. Cinco minutos tardaría el señor Rodríguez (alias Pelitos) en ir y volver, y á ellos les pareció que había tardado cinco horas y se lo reprocharan, si no viniera acompañado de un hombrecico, verdadero gnomo, que era así como una cabeza de gigante, toda peluda y enmarañada, que hubieran pegado al cuerpo de un enano. Andaba al són del manajo de llaves, llavines, ganzúas, cortafíos y demás útiles del oficio de ladrón que cargaba el enano gigantesco, el cual se conoció luego ser el vecino Giovanni Cor-

so, paisano de D. Paolo, quien dió fe, con sacudidas de la melena y bronco vozarrón, que nada se había oído en el barrio, y por tener su tienda arrimada á la esquina y estarse él desde el anochecer en el cordón de la acera, sentado en su silla, tomando el fresco, debió ver y no vió nada de particular, sino el bajar acostumbrado del señor Fiorelli y el subir desacostumbrado, porque no era la hora, y el volver á bajar, más desacostumbrado todavía.

—Según eso—observó D. Benigno,—el señor Fiorelli debiera estar en el escritorio y no está, ni en toda la fábrica, pues no contesta.

—No sé más—dijo el cerrajero en su media lengua—sino que *il signor* Fiorelli no está arriba, ni arriba está tampoco Enriqueta, la china, ni Marieta, á quienes mandó con cartas á Flores y á Belgrano, que así ellas me lo dijeron al pasar... He visto salir de aquí también á esa *prima donna* del teatro, que es parienta ó *sorella* de las señoras. Créanme ustedes, que es la *veritá*.

—Sí le creemos, hombre—contestó Luisa por los demás, aturdidos con tales noticias,—y que es usted un temible policía del barrio. A callar y abrir puertas, que detrás de la puerta encontraremos á la *veritá*, si es que no se ha metido en el pozo.

Agachó la cabezota el hombrecillo, y después de probar dos ó tres llaves, con una ganzúa lindamente forzó la cerradura y franqueó el portal. No había luz. D. Benigno, Pelitos y el Sr. Giovanni Corso encendieron cerillas, y á su claridad fementida subieron la escalera, quedando Luisa fuera, de guardia. Arriba se apagaron las cerillas, en el propio momento que observaban que la cancela estaba cerrada, como el portal: felizmente, no hubo necesidad de valerse de nuevas cerillas para distinguir lo que hacían y dónde se hallaban, pues la luz del farol del corredor alumbraba, mal que bien, hasta los primeros tramos, derramándose por los cristales. Igual maniobra que abajo empleó el cabezudo, después de agotar el repertorio de llamamiento los

tres, con el timbre primero y con golpes de bastón luego, y cuando entraron en el corredor, con más precaución que si anduvieran por campo enemigo, oyeron otros golpes en la puerta de la alcoba de la señora Tecla ó de la señorita Parmenia (ni D. Benigno, ni Pelitos podían asegurar cuál de ellas sería), golpes de dentro, de puño masculino, y una voz que decía con imponente acento:

—¡Abrid! ¡Abrid!

Era la voz del joven Hugo, sin duda ninguna. La temerosa idea del incendio, que tan soliviantados les tenía, hizo pensar al maestro y á Pelitos que el infeliz hermano del patrón estaba allí abrasándose, rodeado de llamas y á punto de perecer; de tal modo su apremiante reclamo en la casa silenciosa despertaba ecos de terror y compasión.

—¡Abrid!—repetía.—¡Aquí! ¿No hay quien abra? ¿No hay quien me oiga?... ¿Eres tú, Enriqueta? ¡Abre, abre en seguida!... ¿Quién es?...

—Sosíéguese usted—dijo D. Benigno al invisible prisionero,—que aquí venimos á sacarlo, su maestro, Landín, y Rodríguez, que no es otro que el Pelitos de abajo.

Calló la voz plañidera de súbito, y entretanto hizo D. Benigno que el cerrajero se acercara á forzar la tercera cerradura de la serie, sin pararse á desenredar la madeja de la encerrona, que para él y para su compañero cada vez aparecía más intrincada; el que acaso el pobrecillo discípulo, achicharrado ya ó asfixiado, cesara en sus voces, falto de fuerzas, le afligió tanto, y á Pelitos no se diga, que ambos cogieron cada cual, ó intentaron coger, una ganzúa del manajo del enano, á fin de ayudarlo en la salvadora tarea: mas no fué necesario ejercitar las artes de caco diplomado en que el Sr. Giovanni, sin agravio, era ducho, porque la llave propia asomaba en la cerradura, y ellos, en su atolondramiento no la vieron, y cuando la vieron la había dado el Sr. Giovanni las vueltas reglamentarias, y la trampa se-abría de par en par...

Por cierto que en la alcoba no había rastros de fuego, ni llamas, ni humo ni nada que se rozara con el infernal elemento, si no es unas así como llamaradas de rubor ó de vergüenza que en las mejillas del acoquinado y confuso *bambino* se notaban. Apareció el *bambino* junto á la puerta, y en el fondo, replegada en el sofá, hundida la cabeza en el almohadón, y escudándose con él la cara, la señora Tecla, que otra no podía ser aquella mujer de cabellera negra, peinador de encajes y chapines de raso, que así se escondía de los curiosos.

D. Benigno, Pelitos y el gnomo de las melenas paseaban sus miradas del mozo á la moza, y hay quien afirma que fué el cabezudo el primero en sonreír, con un tintineo de hierros que quería expresar el *ahora lo comprendo todo* de las grandes situaciones. Pero D. Benigno y Pelitos, que tenían sus razones para no ir por los mismos derroteros, no comprendían nada y menos lo de las voces del joven.

Como Hugo no hablaba, pareció al discreto D. Benigno que holgaban palabras y menos explicaciones delante de extraños, y así limitóse á preguntar qué era del señor Fiorelli y si sabía dónde estaba.

—Porque he recibido una carta suya—añadió—tan singular, que aquí hemos venido éste, Rodríguez y yo, y por hallar todo cerrado á piedra y lodo, recurrimos al señor Corso. Abajo no aparece el señor Fiorelli; atrancado el portalón, no contesta alma viviente...

Hugo balbució, muy bajo y esquivando el rostro:

—No sé... Búsquelo usted, señor Landín, en su despacho... Estará en su despacho.

—Con su permiso—dijo D. Benigno,—pasaremos al despacho.

Apartóse Hugo, y entraron los tres, el señor Giovanni también, pues podían hacer falta sus auxilios en aquel lance, caracterizado por el curioso cierre de puertas. La señora Tecla, ó quien fuese la mu-

jer del sofá, desmayada ó dormida, no se movió, y los tres, sin inconveniente, y sin que Hugo les acompañara, visitaron la alcoba de D. Paolo y el despacho, no encontrando ni descubriendo otra cosa que el detalle de los papeles rotos en el despacho. En el escritorio de abajo también acababa de verse papeles rotos. Por allí era evidente que había andado D. Paolo, firme en su idea destructora. Abajo también. Pero ¿dónde estaba, y qué causa, qué misterioso motivo impidió ó demoraba el que la fábrica y la casa y todo ardiera en aquel momento, según él lo tenía terriblemente dispuesto?

Advirtió Pelitos que como las ventanas daban al patio de la fábrica, con sólo asomarse podían saber lo que abajo ocurría, y se asomaron, y se mostró el espacioso patio solitario y libre de toda señal incendiaria. La larga vista de Pelitos intentó columbrar si la barra del portalón estaba puesta; pero no se lo consintió la oscuridad del zaguán.

Moviendo la cabeza enorme, cual si gastara resortes, insistió el enano:

—*Il signor* Fiorelli, abajo; yo no lo he visto salir. Créanme ustedes, que esta es la *veritá*.

—Abajo vamos por ella—dijo D. Benigno; ya me tarda en toparla, tan mareado estoy y sin brújula. Abajo todo Cristo.

En esto oyeron unos gritos que se elevaban del fondo de la casa, y parecían de nuevo prisionero, porque clamaba la voz:

—¡Abranme! ¿Quién me ha encerrado? ¿Dónde está Enriqueta?... ¡Enriqueta! ¡Marieta!

Fueron, y abierta la puerta con su propia llave, salió toda sofocada misia Gorgonia, inquiriendo quién y por qué la encerraron, qué escándalo era aquél de carreras, de campanillas y de invasión de extraños, con tan descompuestos modos, que, por suerte suya, la ausencia de la china la libró de recibir la más copiosa lluvia de mojicones de la temporada.

Nada respondió D. Benigno, pues él

mismo no sabía qué diablo enredaba en la casa tanta travesura, y así dejaron que la señora despotricara á todo trapo, y bajaron para tratar de entrar por el portalón merced á las artes del señor Giovanni, siempre que la barra no lo impidiera, que si lo impediese, ya excogitarían otro medio de colarse.

Antes requirió D. Benigno á Hugo, que por allí andaba como un pasmarote, para pedirle que les acompañara en la pesquisa, y Hugo se avino á acompañarles, sin responder palabra, dejándose llevar á semejanza de reo que se entrega á la justicia, agachado bajo el peso de su culpa...

En la acera esperaba Luisa, y con ella el viejo Francesco, que de llegar acababa, con Carmelita, la bella Salomé. Contó D. Benigno, que actuaba de jefe de la banda policíaca, lo sucedido arriba y cuál era la convicción general de que D. Paolo no había salido de la fábrica, y á esta opinión se agregó la fundamental de Francesco, que conocía muy bien las costumbres del amo, por su convivencia de tantos años.

No había menester de más deliberaciones, sino tratar de entrar en la fábrica, aunque fuese por el tejado. Dirigióse el grupo al portalón, y mientras el Sr. Giovanni ensayaba sus ganzúas, se escuchó triste maullido, y bajándose Carmelita, recogió á Falucho que, en un hueco, acurrucado estaba.

—Preferiría encontrar el gato encerrado, que no libre—dijo. D. Benigno;—que es mala señal ésta de que los gatos abandonen la casa, ya que por su gusto no la abandonan nunca.

—La barra está puesta—afirmó el enano;—por aquí no se puede entrar.

—¿Por dónde se puede entrar, Francesco?—preguntó el maestro.—¡Hay que entrar!

Había que entrar. Todos lo reconocieron. Ahora sí que era indispensable, obligatorio entrar. Porque detrás del portalón estaba la *veritá*, que decía Corso. Un soplo de frío estremeció á todos. Hugo se apoyó en la pared, imaginando que la *veritá*

pronta á surgir, era el cuerpo del *fratello*, atravesado por la bala de su infamia.

—Encima del reloj hay una ventana— dijo Francesco—con una cuerda es fácil descolgarse por ella...

Se resolvió que Pelitos, el más flaco y liviano, se descolgara por el ventanuco, y que los más fuertes, Francesco y el señor Giovanni, le ayudarían á descolgarse. Arriba no faltaría cuerda de qué valerse. Y en tocando el patio, correría Pelitos á quitar la barra y la llave del portalón.

No había dado D. Benigno la orden, y ya los escogidos desaparecían tragados por el portal del lado. Entretanto, al grupo se habían sumado transeuntes y vecinos: los unos, porque allí donde se juntan cuatro personas es señal de curiosidad, y la curiosidad para las gentes es como el azúcar para las moscas; los otros, porque, á causa del calor, estaban en balcones y ventanas, y las idas y venidas en torno de la fábrica les picó la atención y atrajo, como á los demás; de suerte que si no eran treinta

los que esperaban, unos que el portalón se abriera, otros que cayera un bólido del cielo, serían cuarenta, y aún la suma resultará equivocada.

Todo el tiempo que duró la complicada faena del ventanuco, ¿media hora? ¿una hora? no cesó Falucho de mayar, de suspirar Carmelita, de impacientarse D. Benigno y Luisa, de tejer comentarios todos, sazonados de risas de los indiferentes. El único que no se movía, que no hablaba, pegado á la pared cual figura de piedra, era Hugo. Hasta esquivaba el tropezar con la mirada de D. Benigno, y D. Benigno evitaba también el mirarle, á pesar del reconcomio interior que le ahogaba.

Cuando sonaron en el patio los pasos de Pelitos y el gruñir de la barra de hierro anunció el fin del plantón, apretóse la ola de curiosos poderosamente empujada, arrollando al enano, á Pelitos y á Francesco, tan pronto como giró la pesada batiente... Entraron primero los desconocidos, y

Falucho, saltando por cima de todos, ingrato al dulce halago de la bella embaladora; luego, cada cual como pudo, entre codazos y estrujones.

D. Benigno, el último, arrastró á Hugo, que no demostraba mayor prisa, completamente alelado.

—A usted toca, joven—insinuó el maestro—presidir esta pesquisa dolorosa. ¿Qué es de su hermano? ¿Dónde está nuestro querido patrón? Vamos á saberlo en seguida.

Tampoco respondió Hugo, y se dejó llevar de D. Benigno, hendiendo el grupo de curiosos, seguido de cerca por Luisa. Como el escritorio era la primera puerta á la derecha, y se mantenía abierto y con luz, entraron en el escritorio, y aquellos detalles ya anotados fueron examinados escrupulosamente, sobre todo el de la caja de hierro, cuya inspección recomendó Landín al señor Giovanni.

—¿Es robo?—preguntó uno que ignoraba qué hacía allí.

La monstruosa cabeza del enano se agitó negativamente.

—Está abierta con su propia llave—sentenció después de una pausa,—y la prueba es que la propia llave aquí está en la cerradura... y ha sido abierta por la propia mano del amo ó de quien poseía la llave y conocía el juego mecánico para abrirla.

Salieron del escritorio, y rastreando fueron á los dos talleres, el de amasijo y el de adorno, el de embalaje, al depósito de cajas... Luisa, D. Benigno y Pelitos, á quienes el misterio de la carta embargaba, buscaban y creían ver por todas partes el emjambre de abrasadoras llamas cortándoles el paso. Y andaban, de taller en taller, con el grupo de curiosos detrás, buscando, buscando...

Llegaban al secadero y notó Pelitos que estaba á oscuras. Antes que pudiera dar luz, brotaron en casi todas las manos encendidas cerillas, y la procesión silenciosa adquirió tonos funerarios. De dentro salía el característico olor de la pasta cruda, y

los bastidores, cargados de gruesos cordones amarillosos, que en el lenguaje culinario se señala por el nombre italiano de *macarrones*, se alineaban á uno y otro lado, mostrando un espacio libre que iba desde la puerta hasta la pared frontera, cortada por ancho vasar. Pues, en este espacio, á la claridad de las cerillas, se vió algo que hizo retroceder y dar un grito á Carmelita, la primera en entrar al secadero.

Todo fué gritar Carmelita, y en un movimiento de irrupción irresistible se fundió el grupo hacia adentro, quedando sin adelantar poco más de un palmo...

Porque, tendido de bruces en medio, abrazado á una caja vacía de *Teclas*, y en un charco de líquido que olía á petróleo, aparecía un hombre, herido ó muerto. Don Benigno, Pelitos y el viejo Francesco lo volvieron, y reconocieron á D. Paolo, negra la cara por el apoplético rayo que lo tumbara en el momento de realizar su espantoso proyecto, impresa en los ojos la visión del incendio imaginario...

Al grito de Carmelita, al zumbar de los comentarios, respondió el hondísimo, el sincero sollozar de Hugo, arrodillándose junto al cuerpo inanimado del *fratello*...

.....

Transeunte que pasas por la calle de Centro-América, y te detienes ante la enladrillada fachada de la fábrica de Fiorelli, si lector mío fueses, por milagro, y enterado de esta tragicomedia novelesca, sintieras comezón por saber qué fué de Hugo y de Tecla, qué se hizo la digna misia Gorgonia de Ulrria, y en lo que pararon Marquitos y Parmenia, pregunta, y se te dirá que Hugo marchó á Italia, una vez cumplidos sus últimos deberes fraternales, con ánimo de vestir hábito, como su tío D. Girólamo; que Tecla y misia Gorgonia, proscriptas del piso que hoy ocupa una familia extranjera, ruedan por los intrincados, oscuros y secretos laberintos del vicio, y seguirán rodando mientras alienten ó encuentren otro Fiorelli en su tortuosa senda, si es que no consigue reabrir su afamado

salón de galantería por lo fino la coronela; que Parmenia y Marquitos, separados al cabo de los ocho días, la corren cada cual por su cuenta: Marquitos en Chile y en el Uruguay Parmenia.

Si quieres saber más, y te interesa la suerte de la otra Ulrria, Concepción, la roja y abultada flor del seibo; te contarán que se casó con García Chico, luciendo azahares y toda la pesca.

También se te dirá que no se ha perdido, á pesar de desdicha tanta y trapisonada, la receta de las galletas y pastas para sopa que han hecho célebre la marca de Fiorelli, y hoy, como ayer, continúan fabricándolas, con el mismo esmero y pulcritud, los sucesores del infeliz D. Paolo: las *Telas*, gustosísimas, el *Hugo*, dulce y amargo como el pecado, las *Perfectas*, las *Ultras*, las *Exquisitas* y demás bocados cardenalicios.

Y si eres goloso, ¡oh transeunte! ¡oh lector mío benévolo!, pruébalas, pruébalas, que nos darás las gracias, al viejo Francesco,

jefe de la nueva fábrica, por habértelas servido, y á mí por habértelas recomendado, teniendo la seguridad de que esto no es reclamo, sino justicia.

FIN





